



El Club
de
los Descarriados

Dolors de Gual

A Don Fulgencio Ruiz de la Jota le mató el trabajo o los preservativos, como ustedes prefieran. Murió acongojadito, con los labios juntos, haciendo pucheros; los dedos índice y pulgar de las manos pegados; los ojos salidos de órbitas, las piernas torcidas, a mediados del mes de agosto.

— ¡Pobre Fulgencio! — repetían al unísono las plañideras el día de su funeral.

Y entre el pobre y el Fulgencio pasamos, muy entretenidos, la tarde.

Mi madre —Ofelia Casamoros— fue la primera que se personó en casa del muerto —a excepción de la viuda que, por supuesto, ya estaba en la vivienda—. El coraje, la desenvoltura y un oportuno berrido de mi progenitora ausentaron a los empleados de pompas fúnebres.

Horas más tarde, me explicó mi madre que los muy desconsiderados trabajadores querían llevarse el fiambre a otra nevera, alegando que la manipulación de alimentos era totalmente incompatible con la conservación de cadáveres. Pero, gracias a la astucia de Ofelia, los cuida—muertos se marcharon de vacío y el fiambre de Don Fulgencio se quedó en el frigorífico de su casa hasta que, pasados algunos días, decidieron dresprenderse de sus pocos restos;

no sin antes quitar de su traje las manchas de mahonesa —que por un descuido derramó Andrés Ruiz, hijo y único vástago reconocido de Don Fulgencio, al querer aliñarse una ensalada, cuando su padre todavía estaba en estado de descongestión.

Durante los días que antecedieron al sepelio la escalera de nuestro edificio se llenó de gente que subió y bajó por los escalones a trompicones. Los visitantes, agarrados a la barandilla, escalaron resoplando los pisos del edificio hasta que llegaron, exhaustos por el esfuerzo, al quinto, donde un cartel, muy bien situado, les dio la bienvenida a la penúltima posada de Don Fulgencio. La mayoría fueron amigos, conocidos, curiosos y chafarderos, ataviados de negro que querían saludar al muerto o, mejor dicho, despedir —no sea que

algún mal pensado crea que me choteo del desaparecido.

Las viejas se sentaron en el sofá del comedor después de besuquear a Doña Hortensia —viuda legítima y a mi madre, Ofelia Casamoros, acompañante de excepción—. Después, escurrieron su frente con pañuelos o trapos que sacaron de sus bolsos. Pero no todas fueron comedidas. Alguna hubo que se enjuagó el sudor con el mantel que cubría la mesita de centro del comedor, y otra, más osada, llegó incluso a sonarse con él, abusando de la hospitalidad que en aquella casa se les brindaba. Aunque las reliquias de sus narices fueron descubiertas a tiempo, por cortesía, no se llevaron a ningún laboratorio para que un técnico de bata blanca desenmascarara a la guarra mocosa. Cuando la familia se dio cuenta del mal uso que las gentes del barrio daban al mantel, decidió comer en la cocina y dejar el mantelito

manchado a disposición de los flojos de narices durante los días que Don Fulgencio permaneció en la nevera.

Tras enterarse el presidente de la Comunidad de vecinos —Augusto Tebeo, alias "el Avispado", de profesión vendedor de cupones de la Once— de la muerte de Don Fulgencio, convocó junta extraordinaria de vecinos. Asistieron al acto —amén de la viuda y mi madre—, Clotilde —la tendera—, la Mis —propietaria de una tienda de música—, Doña Maruja —chafardera de profesión e inodora por accidente—, Don Juan —el ferretero—, Silvestre Cortado —dueño del bar de la esquina— y Joaquina —la farmacéutica—. Por unanimidad, la Comunidad decidió decretar cinco días de luto oficial y colgar lazos negros en las puertas de los establecimientos.

Andrés —hijo del difunto— y yo nos quedamos de guardia en la vivienda durante las

dos horas que duró la reunión con el fin de poder atender convenientemente a las visitas.

Como la profesión de Don Fulgencio era un tanto vergonzosa, mi madre y la viuda idearon un plan de enmascaramiento para que, ni el más osado detective, pudiera descubrir el verdadero oficio del desgraciado muerto.

— Ha de ser algo que denote rango, poder y sabiduría .

Exigió Doña Hortensia que, a toda costa, quería especializar a su marido, aunque fuera después de muerto.

— Hija, eso es muy difícil — le contestó mi madre, realista y sagaz.

— Pues me niego a que escriban en la esquela: Fulgencio Ruiz de la Jota. Representante de condones— añadió Doña Hortensia, con el brazo en alto.

Mi madre se rascó la cabeza, no porque tuviera piojos sino como gesto científico que quería decir: estoy pensando .

— ¡Ya lo tengo! —gritó, por fin, mi astuta progenitora— Mentir, no puedes mentir, Hortensia..., reconócelo. Tarde o temprano alguien podría descubrir el engaño y tacharte de engatusadora. Lo mejor es que cambies la n por una r y reconviertas la profesión de tu difunto esposo en: representante de cordones. Ya sabes..., cordones de zapatos..., cordones de labores..., cordones, al fin y al cabo.

Y ésa y no otra fue la razón por la que en el diario local, concretamente en la sección de desaparecidos, un periodista escribió:

" Don Fulgencio Ruiz de la Jota, natural de Zaragoza, afincado en nuestra provincia desde hace veinte años, representante de Cordones: "No se escapan", ha desaparecido está mañana.

Su esposa e hijo le guardan en el domicilio conyugal".

Es mi deber informarle, querido lector, que la nota fue escrita íntegramente por mi madre y entregada en propia mano al redactor del diario por un servidor —Celestino Román Casamoros, hijo legítimo de Arturo Román y Ofelia Casamoros.

El motivo real por el que se publicó en la sección de desaparecidos y no junto a otras necrológicas, fue el precio. Tres líneas escritas con tinta negra y ribeteadas por un borde del mismo color costaban a la familia del muerto algo más de veinticinco mil pesetas. En cambio, las inserciones en la sección busca—personas eran totalmente gratuitas.

Una vecina cuando enviudó se sirvió de la misma artimaña para ahorrarse unas pesetillas, y ella fue la que insistió para que Doña Hortensia

publicase la nota en la sección de Desaparecidos.

— En cuanto me enteré del precio lo tuve claro: anulé la nota necrológica y cambié el comunicado a la sección gratuita— explicó Maruja Rebuig a todos los que estaban delante de la nevera velando al muerto.

A Doña Hortensia no la convenció de inmediato el tacaño razonamiento, y airada replicó:

— ¡Ay!, pero sólo se muere una vez y, chica, no sé..., da pena no hacer publicidad. Cuando te casas mandas invitaciones, cuando te bautizan, peladillas; por la comunión se estila regalar estampitas y cuando te entierran, necrológicas —argumentó.

Su interlocutora movió la cabeza, sin despeinarse un solo pelo gracias a la acción de la laca "Fijatodo", y con semblante serio respondió:

— Chica, pero.., ¿qué más te da? ¿Tu marido no ha desaparecido de esta vida? Pues publícalo, pero en la sección de objetos perdidos o desaparecidos. Son gratuitas y tienen muchos lectores.

El tema quedó zanjado. Mi madre redactó la escueta nota, yo me encargué de entregarla en mano en el periódico, y alguien debió imprimirla, pues en menos de veinticuatro horas la noticia de tan sentida pérdida era de dominio público.

Mi barrio durante muchos años no tuvo ni iglesia, ni parroquia ni, por supuesto, catedral, pues no teníamos santa ni santo a quien venerar. Pero gracias a las visiones de Doña Paquita — comadre muy reconocida y de buena reputación— todos los domiciliados nos convertimos en fervientes devotos de Santa Numérica. La historia transcurrió en mis tiempos

infantiles, pero la recuerdo con nitidez gracias al retablo que adorna la iglesia. Doña Paquita publicitó, a diestro y siniestro, que una santa, vestida con hábito verde y aureolada por una corona de oro radiante, salía a su encuentro cada día, se paraba en frente suyo y le cantaba un número. Todos, cuantos escucharon su relato de los hechos, supusieron que la cifra debía ser un número de lotería, y, ni cortos ni perezosos, se afanaron en comprar un décimo de la Rifa de Navidad con los números anunciados. Por suerte, la lotera del barrio tenía participaciones suficientes y nadie se quedó sin papeleta.

Cuando el veintidós de diciembre se llevó a cabo el sorteo nacional y el premio gordo recayó en un número distinto al anunciado a Doña Paquita, los vecinos se disgustaron de lo lindo, pero al día siguiente y tras repasar las listas de los premios se sintieron afortunados al comprobar que les había tocado la pedrea. En gratitud al favor recibido decidieron levantar un

altar dedicado a santa Numérica, aunque más de un deslenguado afirmó que la dicha santa no podía ser otra más que la lotera del barrio que vestía siempre de verde y se teñía el pelo de rubio platino, y que Doña Paquita no era visionaria sino coqueta por no querer utilizar gafas.

Pelillos a la mar, la iglesia se construyó y tuvimos hasta un cura: Don Sermonio, que por supuesto también se personó en el domicilio de Don Fulgencio .

— Mire, padre, le agradezco muchísimo el detalle que ha tenido con nosotros, pero le aseguro que mi Fulgencio no necesita nada, en la nevera tiene de todo — le dijo Doña Hortensia al verle.

El cura, vestido con sotana negra, miró con extrañeza a Doña Hortensia y colocándose las lentes correctamente sobre su nariz, le contestó:

— Hija, un buen cristiano debe recibir el último sacramento. Lo manda la Santa Madre Iglesia.

— Sí, padre, lo sé, pero es que mi Fulgencio está ya muy frío, y un cambio brusco de temperatura seguro que lo descompone enseguida.

El sacerdote no protestó, se llevó una mano a la barbilla y movió la cabeza con gesto pensativo. Mi madre aprovechó el circunstancial desconcierto para convidarle a una copita de vino dulce que, sin titubear, el párroco aceptó encantado. El piso estaba lleno de gente sudorosa y babeante que al ver con que sobriedad sorbía el cura el licor se olvidaron de rezar el rosario.

— Sigán..., sigan ustedes —les instó el sacerdote, para que continuarán con la cantinela religiosa.

La señora Remigia —soltera por obligación— cerró tímidamente los párpados y con voz melancólica repuso:

— Es que, después de tanto rato, tenemos la garganta seca.

Doña Hortensia frunció el ceño, molesta por la impertinencia, y fingió no haber escuchado el comentario.

Horas antes la viuda había decretado —por expreso derecho— no suministrar bebidas ni refrescos a los invitados que por voluntad propia se personasen en su modesta vivienda. Naturalmente, por ser la más alta jerarquía eclesiástica del barrio, el párroco recibió el tratamiento de invitado de excepción.

Ofelia —mi madre— dejó al cura de lado y acelerando el paso hizo ademán de querer abrir la nevera.

— Ni se te ocurra —le avisó con un grito Doña Hortensia—, ¡ perfumado íbamos a tener el

comedor todos estos días si por memeces abrimos el frigorífico!

Desde luego, no era para menos. A medida que transcurrían las horas el tufo aumentaba y las visitas eran mucho más breves. Sólo Doña Maruja —que tenía atrofiada la pituitaria— resistió hasta el quinto día sentada frente de la nevera.

Por decisión directa e irrevocable de Doña Hortensia los atentos invitados tuvieron que conformarse y aclarar la garganta con agua del grifo, sin ningún complemento que adulterara su sabor, mientras el cura saboreaba el vino.

Por la noche, cuando en el domicilio de los Ruiz sólo quedábamos un servidor, mi madre, la viuda y Doña Maruja —que, para no perderse ningún detalle de la función, aceptó dormir en el sofá—, abrimos la puerta del frigorífico para

coger algunos víveres que pudieran servirnos de cena, y de paso, mirar si la cara del difunto se había descongestionado.

—¿No sería mejor envolverlo con papel de aluminio? —dijo mi madre, después de abrir el susodicho electrodoméstico y marearse por el aroma fétido que salía del interior.

Doña Hortensia miró a Ofelia con desdén, casi me atrevería a decir que de forma despectiva.

— Eso —gritó—, y para merendar nos lo zampamos como si fuera un bocadillo.

Doña Maruja decidió intervenir en favor de la viuda .

— ¡Ay! —exclamó—, pues yo no huelo a nada — continuó diciendo.

Y para otorgar la calificación de verdaderas a sus palabras, se levantó de la silla y metió la cabeza dentro del frigorífico.

— Nada de nada... — afirmó con la cabeza erguida ya fuera del refrigerador, encarándose a

mi madre. Parece que en esta casa no hay ningún muerto.

 Mi progenitora —Ofelia—, chasqueó los dedos de las manos, torció los labios y cuando ya nadie esperaba oírla hablar, replicó:

 — Pero, ¿cómo vas a oler, si tus nacieres se estropearon cuando estabas en la cuna?

 La respuesta tenía miga y malicia. Para entenderla en toda su extensión hay que remitirse a los primeros meses de vida de Doña Maruja.

 Cuentan en el barrio —Clotilde la tendera y la Mis, entre otras— que Doña Maruja tuvo alta cuna, pero no por su linaje, ni porque sus progenitores fueran ricos, todo lo contrario, según me explicaron, la mujer nació en un hogar muy humilde, sin apenas recursos para subsistir. Sus padres, como no tenían capazo ni dinero para comprar una cuna después del parto,

habilitaron la mesa del comedor para que pudiera servir de primer lecho a la criatura. Las patas del sofisticado mueble debían ser larguísimas, a tenor del leñazo que se cascó Doña Maruja cuando, siendo un bebé de pocos días, se cayó de la mesa y se destrozó además de las narices, el sentido del olfato.

Después de cenar, con el estómago lleno, el vino que había acompañado su comida empezó a actuar como detonador de recuerdos familiares.

La primera noche que Don Fulgencio pasó en su frigorífico, Andrés cometió la fechoría de vaciar, sin querer, un tarro de mayonesa sobre el traje immaculado de Don Fulgencio. Doña Maruja, que era muy dispuesta, se ofreció voluntaria para frotar la mancha y arreglar el desaguisado. Solucionado el problemilla, las

mujeres se enzarzaron en una compleja conversación sobre sus ancestros.

Doña Hortensia no despegó demasiado labios, quizás porque estaba consternada por la pérdida de su esposo, en cambio mi madre no paró de hablar en toda la noche. Andrés y yo intentamos conciliar el sueño, pero sus gritos nos impidieron mecernos en los brazos de Morfeo.

Siempre había creído que mi nombre — Celestino— tenía relación con la novela de Fernando de Rojas, pero aquella noche me enteré que mi apelativo se le ocurrió a mi madre, después de una borrachera que pilló mientras leía el libro: "Los Romanos en la Semana Santa". La prosa de aquella obra la debió cautivar y, para dejar constancia de su pasión, decidió que cuando naciera me llamaría Júpiter. A mi padre la idea le pareció grotesca porque políticamente España estaba gobernada por una dictadura militar y la religión católica era obligatoria, así

que al final decidieron de mutuo acuerdo bautizarme con el nombre de Celestino — gentilicio menos popular de tan insigne dios romano y menos pagano .

También me enteré del origen de mi apellido. No es, como ustedes podrán imaginarse, catalán, ni se lo debemos a ninguna vivienda. Casamoros, aunque parezca mentira, proviene de antaño, concretamente de los tiempos de la reconquista, cuando las cabezas de los moros eran tan apreciadas que se pagaba por ellas. Un antepasado mío, por parte materna, se dedicó a cazar extranjeros y tanta fama obtuvo con su trabajo que los del pueblo le apodaron "el Cazamoros". Nuestro apellido apenas sufrió modificaciones hasta bien entrado el siglo veinte cuando el funcionariado se capitalizó y cualquiera con buenas influencias pudo optar a un trabajo público. Mi madre le confesó a Hortensia, que un escribiente del Registro Civil —poco apto para aquella tarea—, por gozar del

defecto de sesear, al inscribir a mi abuelo para empadronarlo en el ayuntamiento, cambio la z por la s y nuestro apellido se configuró, por fin, como Casamoros.

Al evocar el cambio sufrido en nuestro apellido, Doña Hortensia recordó con resignación la modificación que había tenido que aceptar para encubrir el verdadero oficio de Don Fulgencio.

— ¡Fíjate qué tonta soy! — exclamó de pronto Doña Hortensia — ahora me arrepiento de haber falsificado voluntariamente la profesión de mi pobre Fulgencio.

Doña Maruja —que por disponer de un sentido menos, tenía los otros cuatro más desarrollados —, de inmediato intervino.

— Va mujer..., despreocúpate...., ¿cómo ibas a pregonar la verdad? —dijo soltando una risita sarcástica, que pareció molestar a la viuda .

La invitada no mintió. Ciertamente la muerte de Don Fulgencio, a parte de trágica, fue un poco vergonzosa.

—Al menos te habrás acordado de sacarle..., ya me entiendes, de sacarle el ... —dijo mi madre a Hortensia, haciendo unas extrañas muecas con los labios—, el apósito —concluyó, por fin .

Y para que nadie elucubre falsas conclusiones antes de tiempo, aclararé que Don Fulgencio murió soplando..., soplando un preservativo.

Mi vecino de rellano fue tochero profesional hasta que el paro le dejó sin trabajo. Al principio, toda la familia vivieron del subsidio, pero cuando se les acabó a Don Fulgencio no le quedó otro remedio más que ir en busca de empleo.

— Tochero es la profesión más bonita y más limpia de todas las que tiene la construcción —

decía en cada reunión de vecinos, cuando tenía ocasión y los demás le dejaban hablar .

**— Para ser tochero hay que tener arte —
explicó durante el pregón que por equivocación
le tocó pronunciar para dar inicio a las primeras
fiestas de nuestro barrio—.**

**— Hay que saber tirar bien el ladrillo —
respondía cuando alguien le preguntaba que
habilidad era necesaria para ejercer tan
placentera profesión .**

**Don Fulgencio fue feliz mientras ejerció de
tochero. Doña Hortensia decía que, incluso por
las noches, era tal el amor a su profesión que le
escuchaba gritar:**

— ¡Tocho va!

**Ni los tropiezos ni los accidentes
desmoralizaron su ánimo, durante los muchos
años que trabajo en la construcción. Una vez le
vi regresar a su casa cojeando de una pierna.**

**— Como los tira con efecto ..., pues le ha
rebotado el ladrillo —le explicó Doña Hortensia a**

mi madre, cuando fue hasta su domicilio para interesarse por la salud de Don Fulgencio .

Su aclaración no nos dejó muy convencidos, pero como no pudimos contactar con ningún testigo presencial, tuvimos que callar nuestra lengua y guardar nuestros pensamientos.

El día que a Don Fulgencio le comunicaron el despido, regresó destrozado a su casa. Subió las escaleras apesadumbrado, preparó los papeles para solicitar el paro y se sentó delante del televisor. Durante un año entero su mutismo fue total, ni siquiera los miembros del Club de los Descarriados —ni las juergas nocturnas que éstos le ofrecían para distraerse—, consiguieron levantar su espíritu y despegar su boca.

Cuando el subsidio del paro llegó a su fin, Doña Hortensia —que siempre fue una mujer de gran carácter—, puso a su marido de patitas en la calle, prohibiéndole regresar a la vivienda conyugal si no traía bajo el brazo un contrato

laboral firmado y rubricado por una empresa solvente. Fulgencio cumplió como un señor. Compró todos los diarios locales y comárcales; leyó detenidamente las demandas laborables y se presentó a una docena de entrevistas. Al tercer día de vagar por las calles, consiguió ser admitido como nuevo empleado de una empresa. Su nuevo jefe le entregó un montón de tarjetas pequeñas, blancas y con el anagrama de la firma "No se escapan" acompañado por el dibujo de un espermatozoide dentro de una red. También le dio una maleta llena de cajas de preservativos, un plano de la ciudad y un listado con los apellidos y la dirección de las familias a las que debería en un futuro visitar.

— Representante..., ¿de qué? —gritó su mujer después de leer el contrato.

— De condones —le respondió muy digno Don Fulgencio.

Mi madre —que por casualidad estaba presente en aquel preciso instante—, me explicó

que Doña Hortensia se puso roja, después azulada y que al rato empezó a echar espuma por la boca y a morderse un dedo de la mano frenéticamente hasta que la extremidad empezó a sangrar. Por no tener tiritas, Don Fulgencio tuvo que estrenar una caja de su nuevo producto y embutir dentro del látex el dedo afectado.

— Parece que le queda un poco ancho —dijo mi madre, al ver como bailaba el dedo dentro del apósito.

Me confesó Ofelia, indignada por la actitud de su vecino, que Don Fulgencio masculló unas cuantas impertinencias sobre su persona antes de contestarle:

—¿Y qué quiere?..., no están pensados para estos usos.

En fin, el accidente se resolvió y como anécdota resta comentar que Doña Hortensia fue sin pretenderlo la primera cliente de Don Fulgencio.

Con el tiempo aceptó su profesión y el producto que vendía, utilizándolo —cuando las circunstancias así lo requerían, como apósito sanitario .

La vida de mi vecino cambió repentinamente. Empezó a ganar dinero, se compró trajes nuevos, se perfumó con colonia cara y se reincorporó como miembro activo en el "Club de los Descarriados".

Mi padre —Arturo Román, al ver como su amigo de correrías ganaba más dinero que él haciendo de panadero— decidió acompañarlo en alguna de sus múltiples visitas y comprobar in situ los pormenores del trabajo.

— No parece difícil ..., sólo hay que soplar — nos explicó mi padre una mañana, después de desayunar, refiriéndose a la nueva profesión de don Fulgencio .

A Ofelia casi le cae la cafetera de las manos cuando escuchó sus palabras.

— Pero, ¿soplar qué?... — preguntó haciendo esfuerzos por no derramar la infusión—. A ver si van a ser gaitas — dijo maliciosamente.

Mi padre se atragantó con la tostada, y después de toser y tras escupir el trozo de corteza mantecosa —que el mismo fabricó durante la noche—, pudo al cabo responder a mi madre.

— No mujer el cachirulo..., ya me entiendes el chisme..., el ...

— Cállate Arturo, que el niño nos está oyendo.

Naturalmente el niño era yo, y como nunca he disfrutado de un ápice de tonto, en seguida me imaginé que mis padres hablaban de las “gomitas” que Andrés y yo robábamos de la maleta de Don Fulgencio para llenar de agua y reventar en la acera, delante de la tienda de la

Clotilde. La tendera, en más de una ocasión, amonestó nuestro divertido juego:

— Niños os aviso que como alguien resbale y se tuerza un tobillo por culpa vuestra, de la paliza de que os arrearán no os volvéis a sentar en dos semanas.

Pero nosotros ni la escuchábamos. Andrés y yo llenábamos los globitos —con el agua que manaba de la única fuente que hay en la plaza de nuestro barrio—, y después de hacerles un nudo fuerte, los guardábamos en los bolsillos de nuestros pantalones.

La farmacéutica —Doña Joaquina—, siempre fue con nosotros muy condescendiente y nos llegó a ofrecer aceite de girasol para que llenáramos “las gomitas”. Con el oleoso fluido, la diversión aumentó. Los transeúntes caían en los charcos como esquiadores en la pista, con las piernas abiertas y un grito en su boca. En agradecimiento por la amabilidad que la

farmacéutica nos había dispensado, hacíamos estallar todas las gomitas delante de su establecimiento, dejando su trozo de acera tan resbaladizo que hasta los perros patinaban. La farmacia aumento espectacularmente su clientela, pues, tras el tropezón, entraban en la botica para comprar un remedio. Después, la mayoría encorvados, con las manos en los riñones, regresaban a sus casa para reponerse del trompicón, sin ni siquiera entrar en la tienda de comestibles que regentaba Doña Clotilde.

— ¿Cómo les das a los críos aceite? —le preguntó una tarde Clotilde a la farmacéutica, preocupada porque los clientes no podían entrar en su tienda.

Doña Joaquina, que se había tomado un respiro para fumarse un cigarrillo, absorbió el humo; se lo tragó y después de expulsarlo con lentitud, respondió:

— Así la calle tiene más lustre, parece que la han encerado.

Clotilde guiñó un ojo y cruzó los brazos sobre su pecho

— ¿Y qué más? —exclamó— Lo que pasa es que tu quieres ampliar el negocio y el jueguito del aceite te va que ni de perlas.

Doña Joaquina no se molestó en replicarle, tiró su colilla al suelo, la pisó procurando no resbalarse y, tras introducir las manos en los bolsillos de su bata blanca, regresó de nuevo detrás del mostrador.

Nuestro juego terminó el día que a mi padre, de madrugada —cuando regresaba de trabajar—, se le traspuso el pie en el charco de aceite y se arreó tal golpetazo que estuvo más de dos semanas de baja.

La alcahueta de Clotilde fue testigo presencial del accidente. Todos los días se levantaba a horas intempestiva para colocar las lechugas y preparar bocadillos de chorizo a los currantes. Vio como mi padre caía y, sin dejar el cesto de las verduras, empezó a gritar:

— Ha sido Celes..., ha sido Celes.

A la delatora no le compré chokolatinas en mucho tiempo.

Durante las semanas que estuvo de baja, Arturo Román acompañó a Don Fulgencio en todas sus visitas. Mi padre, por estar un poco lisiado, no hacía demostraciones, pero nuestro vecino sopló cada día más de cincuenta preservativos para demostrar la resistencia de “la gomita”.

Y, paradojas de la vida, al bueno de Don Fulgencio se le fue la vida en un soplo, mejor dicho, en el último soplido, porque al intentar inflar un condón se le acabó el aire. La cara se le puso roja como la grana, la pierna, por culpa del accidente que tuvo cuando aún era tochero, se le giró, las manos le quedaron agarrotadas con los dedos índice y pulgar haciendo una pinza, y de sus labios —un tanto azulados— quedó colgando el preservativo. De esta guisa, le trajo la familia Pérez, difunto, a su domicilio.

Doña Hortensia en seguida dio parte a la policía, asegurando que aquel fiambre no tenía ningún parecido con su marido. Pero gracias a la maleta y al condón que pendía de la boca, llegaron los vecinos, las amistades y la propia viuda a reconocer como auténtico el cadáver que la familia Pérez aseguraba pertenencia a Fulgencio Ruiz de la Jota.

— Está muy acongojadito —dijo mi madre tras observar detenidamente el rostro de Don Fulgencio—, y demasiado colorado para mi gusto.

Doña Hortensia se quedó impávida, muda, casi sin aliento y sólo se le ocurrió decir:

— ¡Parece un tomate!

Las dos vecinas decidieron rebajar el color carmesí de las mejillas del difunto con el único método que se les ocurrió: meterlo en la nevera.

— En los hospitales cuando se les muere un paciente lo congelan —dijo la Mis, propietaria de

una tienda de música, rubia para más señas y un poco canija .

Ofelia Casamoros —que nunca congenió con la Mis— arrugó la nariz.

— Para meterlo en el congelador primero hay que descuartizarlo, porque, con los cajones tan pequeños que tienen estos aparatos, entero no cabe.

Doña Hortensia asintió con la cabeza.

— ¿Y por qué no le dais un baño de agua fría?..., dicen que descongestiona mucho — preguntó Doña Maruja, decidida a colaborar y prestar su auxilio en tan mortuoria emergencia .

Ofelia y Hortensia cruzaron sus miradas, agacharon las cabezas y observaron con detenimiento la cara del difunto.

— Si lo bañas no se hundirá... —le dijo mi madre a Hortensia— En cuanto noté el agua, infla el flotador que le cuelga de la boca —dijo señalando el preservativo que Don Fulgencio tenía pegado en sus labios—, y....

— Tendremos que apretarle la barriga, para que al menos se lave la cara, si no ¿cómo se va a descongestionar el pobre? —interrumpió la Mis, que con tanto rock and roll y tanta música heavy siempre estaba un poco fuera de onda .

A Doña Hortensia se le escapó un impropio después de escuchar la apreciación de la Mis.

— Metámosle en la nevera y no se hable más —sentenció, al rato.

Mi madre apoyó su decisión tras sopesar todas las consecuencias que el refrigerio podía conllevar. Con ayuda de la Mis y de Doña Maruja apelotonaron parte de las viandas en la base inferior de la nevera. Quitaron las repisas divisoras y decidieron meter al fiambre dentro del frigorífico.

— Te digo que no cabe Hortensia..., si no le cortas un poco las piernas tu marido no entra en la nevera —aseguró Doña Maruja cansada de empujar el cuerpo de Don Fulgencio .

Entre las cuatro probaron de nuevo cambiando de postura al fiambre. Mi madre le apretaba el trasero, la viuda le doblaba el cuello, la Mis le levantaba los pies y Doña Maruja dirigía la operación, para que los restos de Don Fulgencio no sufrieran ningún descalabro, aunque bien mirado, poco podía importarle ya al desgraciado difunto.

— ¿Y si sacamos los pollos?, a lo mejor nos queda un poco más de sitio —dijo la Mis, harta de cargar con las extremidades inferiores del desaparecido.

Doña Hortensia sin dejar de apretar, y sin siquiera voltear la cabeza para mirar a su interlocutora respondió:

— Ni hablar, los pollos se quedan en su sitio.

— Entonces la mayonesa —insistió la Mis, que cuando se lo proponía podía ser muy pesada .

Como Hortensia estaba incapacitada para responder debido al duro esfuerzo, mi madre —

Ofelia— decidió hacer una pausa y separar sus manos del trasero de Don Fulgencio, para contestar a la Mis.

— Todas las salsas caducan..., ¿qué quieres tener más pérdidas?

La elocuente respuesta de mi progenitora dejó sin habla a la Mis. Doña Maruja aprovechó el corto silencio para lucir su voz y gritar:

— Un poco más a la derecha..., ya casi lo tenéis..., un apretón más que donde entra la cabeza entra el culo —y es que la señora, aunque hubiera tenido tan alta cuna, era un poco mal hablada .

De repente un sonido seco, similar a un chasquido, se oyó con claridad.

— ¡Chicas cuidado!... —exclamó Doña Maruja —, a ver si le vais a desparramar los sesos.

Las tres aprieta—fiambres dejaron de empujar. Analizaron la situación con frialdad — porque recuerden que la nevera estaba abierta

—, se limpiaron el sudor de la frente con la mano e hincharon sus mofletes para demostrar preocupación.

— A ver si al final tendrá razón Ofelia y tendremos que trocearlo —dijo la Mis, que podía ser más bruta que una yunta de bueyes .

En éstas estaban, cuando por la puerta asomó la cabeza del Avispado —el vendedor de cupones de la Once de nuestro barrio y Presidente de la junta de vecinos, para más indicación .

— ¿Se puede? —preguntó por cortesía, sin detenerse ni un momento.

— Pase, pase usted Don Augusto, que verá la función —le respondió Doña Maruja, que no resoplaba por no haber pegado ni golpe .

Don Augusto miró con cara de sorpresa la escena. El cadáver de Don Fulgencio apoyado de pie sobre la nevera, con las manos estiradas, como si quisiera aguantar el electrodoméstico; Doña Hortensia renegando sin parar; Ofelia

Casamoros moviendo la cabeza con gesto negativo y la Mis estirándose las medias, porque en el esfuerzo se había hecho una carrera.

— ¿Lo ve ?..., no hay manera..., Don Fulgencio no quiere entrar en la nevera —le dijo Doña Maruja, cuando vio la cara de pasmo que ponía el Avispado .

Todas a una, las tres mujeres volvieron a repetir el esfuerzo, siguiendo las indicaciones, imprecisas e inexactas, que Doña Maruja les proporcionaba. El fiambre de nuevo estrelló su cráneo contra la pared del frigorífico, pero hicieron caso omiso del crujido y continuaron empujando como si nada hubiera sucedido.

— ¿Pero tan mal están ustedes? —dijo por fin Don Augusto "el Avispado" cuando pudo recuperarse de su asombro .

Doña Hortensia sin soltar el cuello del difunto le respondió.

— ¿No lo ve usted?

El Avispado, que llevaba desde hacía años gafas con cristales oscuros se las quitó, para apreciar mejor todos los detalles de la escena.

— Ver, lo que se dice ver..., veo pero sigo sin comprender ¿Cómo pueden ustedes querer comerse a Don Fulgencio? —contestó Don Augusto .

Doña Maruja entrelazó las manos, separó los párpados de sus ojos y miró al vendedor de cupones fijamente.

— Usted se confunde Don... La nevera no es un asador aunque las rejillas estén en el suelo — contestó .